

LA INFANCIA EN LA SOCIEDAD MODERNA

Del descubrimiento a la desaparición

Leonardo Trisciuzzi e Franco Cambi

Infancia e historia

1. La identidad social de la infancia

Con frecuencia se ha sostenido que una infancia prolongada es típica de la especie **homo sapiens** y que esto le ha permitido diferenciarse de otras especies animales y llegar a un proceso progresivo de humanización caracterizado por la socialización y por el nacimiento de la cultura.

El "cachorro de hombre" o la "cría del hombre", en efecto, nace físicamente muy débil y necesita de cuidados. Esta debilidad-dependencia dura bastante tiempo, alrededor de diez años, e implica una constante asistencia por parte de los adultos. Ello provoca el pasaje de la unión de pareja a la familia, además de, quizás, una primera y elemental división del trabajo al interior de la misma familia (el cuidado de los hijos que es asumido por la madre y la búsqueda del sustento por el padre). Con el nacimiento de la familia y de una primera división del trabajo se forma, por lo menos en embrión, la sociedad. El lento crecimiento del niño que se cumple gracias a la protección ejercida por el núcleo familiar es fundamentalmente una socialización, un gradual aprendizaje de técnicas, de costumbres propias de la especie. Este aprendizaje, que se realiza sobre todo por imitación de los adultos y en primer lugar de los propios padres, produce la transmisión y la misma continuidad de la cultura. Se crea así, gracias a la acción de la familia, una ligazón entre el individuo y la sociedad que está en la base de la vida y de la historia de la especie humana. La verificación de la verdad de estas tesis se puede tener en negativo, considerando el caso de los niños salvajes abandonados luego de su nacimiento y que han crecido entre animales. Estos niños han asimilado las costumbres y comportamientos de los animales con los que se les ha juntado y de los cuales ha dependido su sobrevivencia, habiendo perdido con frecuencia la posibilidad de retornar a la condición humana; testimoniado por el caso quizás más célebre, el de Víctor de Avegrón, estudiado en los primeros años del 800 por el médico francés Jean Etard.

La socialización del niño se cumple como un paso, cada vez más marcado, de una dimensión esencialmente biológica hacia una de carácter cultural. Se verifica, por lo tanto, un enriquecimiento de las necesidades primarias (nutrición y protección) a través de su intervención en un contexto social caracterizado por normas, costumbres, creencias y usos. Contemporáneamente, sin embargo, los adultos y la cultura que ellos representan, imponen también una cierta reglamentación y regulación de las necesidades primarias, esto es, aquellas que están ligadas más estrechamente a la naturaleza biológica del niño. Sin embargo, este paso, como lo han subrayado las más recientes investigaciones psicológicas, no es una simple adaptación, una imitación pasiva, sino que pone en juego la participación directa por parte del niño.

El niño es un sujeto activo. Incluso si el material de su experiencia está ya social e históricamente determinado, él reorganiza de un modo dinámico e individual la experiencia en la cual se encuentra inmerso. Al término de este proceso, esto es, al final

de la edad evolutiva, el niño, su mente (el lenguaje, las capacidades lógicas) y su misma personalidad (ligada a creencias y costumbres) se caracterizarán en sentido social. El niño habrá llegado a ser miembro de la comunidad a título pleno, en cuanto habrá asimilado sus aspectos culturales más característicos. La integración social se ha cumplido, aún cuando ésta ha acontecido de un modo dinámico e incluso si nunca asume la forma de una adaptación exclusiva, como teorizaban algunos sociólogos positivistas en los primeros años de nuestro siglo.

Los agentes fundamentales de esta socialización primaria son, por un lado, la familia y, por otro, el lenguaje, aún cuando este segundo depende en buena parte del primero. En efecto, es a través del intercambio de señales sonoras con los familiares y sobre todo con la madre, sea en la fase del laleo, del balbuceo (emisión de sonidos no articulados), sea en aquella fase prelingüística, como luego en aquella lingüística verdadera, que se cumple la maduración del lenguaje infantil.

La familia tiene como fin esencial proteger y garantizar el funcionamiento de los mecanismos sociales fundamentales que se refieren a la producción y a la reproducción de la vida inmediata. No obstante, y precisamente porque garantiza la reproducción de la especie, el sustento y sobre todo la educación de los individuos, se orienta a perpetuar la organización social existente. La familia es un agente de socialización históricamente determinado. Ella actúa en un contexto social, refleja las ideologías y el ordenamiento en clases y es por ello que ejerce una obra de socialización primaria estrechamente conectada a las estructuras del poder social existente. No se coloca antes o fuera de la sociedad y de la historia; por el contrario, se transforma en el curso de la historia y con el devenir de la sociedad. Aquello que permanece siempre más allá de lo que cambia es, sin embargo, su función de crear a nivel elemental una primera organización social. En otras palabras, la familia garantiza siempre a través de la experiencia de reglas y de prohibiciones que el sujeto realiza al interior de ella, el establecimiento de relaciones jerárquicas y de diferencias de roles. A través de estas relaciones que se viven al interior de la familia, el sujeto en edad evolutiva cumple un primer reconocimiento de la sociedad, hace experiencia de su estructura y asimila las reglas fundamentales del juego social.

Le debemos a Sigmund Freud y a su teoría del triángulo edípico (madre-padre-niño) la explicación quizás más convincente de esta socialización originaria que el niño realiza al interior de su familia. La relación que el recién nacido establece con la madre se desarrolla en el tiempo y atraviesa diversas etapas: al inicio es una ligazón de identidad, el bebé se identifica con la madre, luego poco a poco se va operando una separación. Es a través de esta relación caracterizada por un fuerte sentimiento de deseo por la madre que el niño reconoce al otro distinto de sí, es decir, que existe un mundo externo a él, y que fija una primera relación social. Al interior de esta relación se establece la figura del padre que introduce límites y prescripciones y que reclama un espacio propio. El es el representante de aquello que es extraño a la relación de deseo con la madre, de aquello que le es de alguna manera enemigo, de un mundo que puede regular su ejercicio, es decir, el ejercicio del **poder** y de la **ley**. En este proceso emotivo el niño opera a nivel de su imaginario el reconocimiento de una primera estructura social, incluso la vive y la apropia como estructura profunda del yo.

A partir de estos descubrimientos de Freud y relacionándolos con los de Karl Marx (1818-1883) sobre la estructura de la sociedad burguesa, algunos representantes del

psicoanálisis social y político como Wilhelm Reich y Erich Fromm, pero también el filósofo Max Horkheimer en los años 30, han puesto en estrecha relación el contacto edípico y la reproducción ideológico-social de la sociedad burguesa. La familia, en este contexto, asume la función de reproducir el orden burgués. A través del modelo edípico, la familia crea en el sujeto una separación entre deseos y deberes que corresponde a aquella entre lo privado y lo público a nivel social. De ahí nacen procesos de remoción y de represión de los instintos y necesidades que comprometen al individuo en relaciones autoritarias de dependencia y marcan a fondo la personalidad. La familia, según Horkheimer, reproduce la personalidad autoritaria la cual es funcional a la gestión de una sociedad organizada según las estructuras del capitalismo monopolístico.

La familia, por lo tanto, no sólo abre al niño a una serie de relaciones interpersonales que llegarán a caracterizar la socialización de base, sino que además introduce al niño en las estructuras de la sociedad de las cuales es ella misma portadora. En breve, la familia hace de la infancia biológica del niño una infancia histórica, socialmente definida y culturalmente organizada.

La socialización infantil se acelera luego con el desarrollo del lenguaje que es, por un lado, producto social y, por otro, un agente de socialización, quizás el más importante. Como subraya el filósofo alemán Ernest Cassirer, atento estudioso de las varias "formas simbólicas" (lenguaje, arte, religión, etc.), con el "aprender a darle nombre a las cosas el niño no añade simplemente una lista de signos artificiales a sus precedentes experiencias en relación con objetos empíricos bien definidos, sino que aprende a formarse los conceptos de estos objetos y a establecer relaciones con el mundo objetivo usando el nombre como punto focal del pensamiento".

Así, pues, el lenguaje "tomado en su conjunto, abre el ingreso a un nuevo mundo", al mundo de los símbolos que permite dominar el mundo de los objetos. Pero también hace entrar al niño en el mundo de la cultura que es precisamente producción simbólica y que está organizada prevalentemente a través del lenguaje. El lenguaje es la puerta de entrada de la inculturación del niño, de una socialización histórica que articula la "mente" a un ambiente definido y a una determinada lengua en una fase específica de su desarrollo histórico, como también a un determinado uso social, es decir, uso de "clase".

El aprendizaje mismo del lenguaje por parte del niño es una operación prevalentemente social. Ciertamente, tal aprendizaje no se realiza sólo por imitación. Entran en juego también estructuras biológicas originarias, predisposiciones y capacidades innatas. Sobre todo a través del contacto con el ambiente familiar, el lenguaje infantil pasa a través de un proceso que se cumple por "acierto y error", del balbuceo a la palabra y finalmente al lenguaje adulto. Es la comunicación que transforma al niño en hablante haciéndolo aprehender el lenguaje particular, es decir, aquel determinado por factores sociales e históricos. Este proceso es gradual y se cumple por aproximaciones sucesivas al lenguaje adulto representado por el que se usa en la familia. De una fase individual y egocéntrica de elaboración del lenguaje, caracterizada por desviaciones fonéticas o gramaticales respecto a las reglas propias de la comunidad lingüística en la que vive, el niño avanza hacia una adecuación lingüística al modelo adulto, hacia una apropiación de la competencia lingüística, guiado por los mismos familiares con sus intervenciones de corrección, precisiones, etc.

Con el aprendizaje de la lengua materna el niño afina una capacidad interior que le permitirá tomar conciencia de sí mismo y apropiarse poco a poco del mundo externo. Pero esto no es todo. La posesión de la lengua lo sumerge al interior de una cultura históricamente definida que llegará a ser el instrumento base de todos sus procesos cognoscitivos, así como el intérprete fundamental de sus mismas exigencias sociales y afectivas.

Todo esto pone en relieve que la socialización, la inculturación y el crecimiento infantil llegan a coincidir en buena parte. El niño crece socializándose y socializándose incorpora y revive una cultura de la cual al fin de su viaje resulta profundamente plasmado. La infancia resulta ser, entonces, una construcción social más allá de una construcción biológica. Ciertamente la infancia es un dato biológico, pero no es sólo eso; por el contrario, y sobre todo, es participación activa en la vida de una comunidad, vida que es asimilada y reconstruida en una perspectiva individual.

Pero si la infancia es una realidad social, la infancia es también historia, puesto que las sociedades y sus culturas se diferencian profundamente unas de otras con relación al tiempo y al espacio.

Esto significa que la socialización infantil se realiza en formas diversas, según las varias culturas y los diferentes pueblos, que no existe sino para algunos caracteres bio-psicológicos muy generales un único modelo o itinerario de socialización, las infancias son tantas cuantas son las culturas, las sociedades y sus fases de evolución histórica. Por consiguiente, cada cultura, cada sociedad, cada edad histórica tienden a elaborar un modelo de socialización/inculturación infantil, una serie de ideales de formación, un conjunto de normas y prescripciones que se refieren al niño y a su crecimiento. Todo esto a fin de hacer posible la realización de un individuo integralmente desarrollado con relación al modelo social deseado y considerado óptimo en aquel contexto sociocultural.

En breve, se puede decir que cada cultura, sociedad, tiende a elaborar su imagen de la infancia que es al mismo tiempo una descripción real y un modelo ideal de la infancia y hacerla actuar como un principio normativo en el ámbito de la vida de la comunidad y, en particular, en la educación de las jóvenes generaciones.

Entre la estructura de una sociedad, la cultura que ella expresa y las imágenes de la infancia que ella elabora en su proceso histórico, existen correspondencias muy precisas. Es mérito de la más reciente investigación histórica haber puesto el acento en esta dimensión, durante demasiado tiempo descuidada: dimensión de las culturas, de las prácticas sociales y de la misma educación, puesto que es un hecho que cada práctica educativa incorpora, lo reconozca o no, una o algunas imágenes de la infancia; así como una o más imágenes de la infancia son propias de cada cultura, de cada sociedad en sus diversas etapas de evolución histórica.

2. Imágenes de la infancia en la historia

En 1929 bajo la conducción de Marc Bloch y de Lucien Febvre nace la revista histórica francesa *Annales*, que luego se desarrolló bajo la dirección de Fernand Braudel que revoluciona el modo de hacer historia.

Sus indicaciones de método estaban dirigidas a reconstruir una "historia total" que tuviera en cuenta las transformaciones materiales de las condiciones de vida de las clases inferiores y no sólo los acontecimientos políticos y las ideologías de los sectores dominantes. Fue precisamente esta revolución historiográfica que condujo a una valorización de la infancia como objeto de investigación histórica y a producir la primera obra significativa de historia de la infancia, la de Philippe Ariès, publicada en 1960 y dedicada a la nueva relación que se establece entre niños y padres, ya en tiempos del antiguo régimen, es decir entre el siglo XVI y el siglo XVII, particularmente en Francia.

Las investigaciones de Ariès se han desarrollado en estrecha correspondencia con las indicaciones de la revista *Annales*. Según esta óptica historiográfica se debe ante todo investigar las estructuras profundas de la historia o, en su defecto, aquello que en la vida económico-social y en la mentalidad colectiva permanece por más siglos y actúa como una constante casi invariable: es precisamente sobre este trasfondo que se coloca la variedad de acontecimientos para que estos puedan ser comprendidos de una manera adecuada.

La historia de los niños pertenece a esta dimensión profunda de la historia incluso si ésta resulta casi siempre invisible o con frecuencia se la confunde con la naturaleza. Así, precisamente a causa de esta errónea confusión, la vida de la infancia aparece en las variadas sociedades como insignificante. En realidad, por el contrario, ella es un aspecto determinante de la historia de los pueblos, como el trabajo, la producción cultural, la elaboración religiosa.

Ariès se propone recuperar aquello que las culturas y sociedades han construido en torno a la infancia intentando una definición de esta edad del hombre, elaborando normas y prohibiciones que le atañen, fijando una imagen de ella que es al mismo tiempo descriptiva y normativa, haciéndola objeto de un constante trabajo encaminado sea a comprenderla, sea a gobernarla.

Según este estudioso, en la historia milenaria de la infancia, caracterizada por mucho tiempo por una permanente marginalidad del niño, hay una ruptura verdaderamente radical sólo con el advenimiento de la sociedad moderna. En efecto, el acceso al poder de la burguesía, que renueva los vínculos y las relaciones afectivas de la familia, lleva al reconocimiento del valor y de la autonomía del niño. Esto se manifiesta a través de una fuerte inversión afectiva sobre el niño, inversión realizada por la familia misma y en particular por los padres. De aquí se generan aquellos afectos de "descubrimiento de la infancia", del "sentimiento de la infancia", de "cuidados" y de "control" de los niños que serán patrimonio común de la cultura (si no de la práctica) burguesa primero y después también popular. Ariès con estas tesis no sólo ha abierto un nuevo campo de estudio sino que ha fijado para la historia de la infancia grupos de categorías fundamentales (el descubrimiento, el sentimiento, etc.), en torno a las cuales se ha tejido el debate historiográfico actual que ha llevado a una rápida maduración de todo este reciente sector de la investigación histórica.

Ariès ha puesto de relieve la imagen de la infancia que la cultura y la sociedad burguesas producen y con las cuales operan. Ha dejado, sin embargo, en la sombra los diversos aspectos de la vida infantil y la imagen de la infancia propios de la larguísima fase histórica premoderna y de las sociedades tradicionales que sobreviven incluso hoy,

unificadas en la definición un poco genérica de "mundo tradicional". Es necesario, entonces, realizar un análisis más profundo, sea de las fases más antiguas y preburguesas, sea de las culturas primitivas o marginales, que continúan estando presentes en las mismas sociedades modernas, poniendo en relieve la variedad de imágenes de la infancia que la historia nos ofrece. Estas corresponden a diversas realidades sociales, económicas y culturales, pero también a diferentes tiempos históricos, demarcados sea por rápidas revoluciones o por lentas transformaciones, pero de ninguna manera unificables entre sí.

Si nosotros vamos más allá que Ariès y desmontamos su concepción de mundo tradicional y si vamos todavía más atrás, podemos individuar al menos seis grandes imágenes de la infancia que han gobernado la civilización occidental desde sus orígenes hasta hoy día: 1) La imagen de las culturas primitivas que pueden iluminarnos sobre la idea de la infancia que caracteriza la fase de nuestra prehistoria; 2) La imagen del mundo clásico; 3) La imagen cristiana; 4) La imagen medieval; 5) La imagen burguesa; 6) La imagen contemporánea.

Dejando de lado las últimas dos, la burguesa y la contemporánea, a las cuales nos referiremos en forma especial, busquemos esbozar una caracterización sumaria de las imágenes premodernas. Debemos inmediatamente recordar, sin embargo, que esas imágenes se distinguen sobre todo a nivel cultural y bastante menos a nivel de las prácticas sociales en las cuales predomina una actitud en buena parte común, hecha de preferencia y de violencia, de subalternidad y de explotación de la infancia.

3. La infancia en las culturas primitivas y en el mundo clásico

En las culturas primitivas la infancia aparece como intensamente socializada, envuelta en la vida colectiva, demarcada por ceremonias de iniciación que se refieren al uso de las armas o del sexo. Se evidencia, entonces, interés por procesos de adultización más o menos precoces, esto es, que tienden a insertar al niño en el mundo adulto, pero también actitudes ambiguas por parte de los adultos, sea de sobreprotección y violencia, hasta el límite del infanticidio, sea de ternura y reconocimiento de algunas de sus necesidades primarias.

Del mosaico de las diferentes culturas que hemos señalado como primitivas o tribales, de las cuales encontramos trazas incluso en algunas de nuestras regiones donde sobrevive un mundo agrícola y pastoril, emerge una imagen de la infancia muy variada, pero siempre fuertemente caracterizada en el sentido social: una infancia para la comunidad, guiada constantemente por sus reglas pero también gratificada por la participación asumida y reconocida como valor colectivo. Una infancia "para otros" (adultos de la sociedad) pero al mismo tiempo valorizada como el reinicio del mundo y como garante de la continuidad del grupo. El niño en esta óptica es una entidad subalterna pero se encuentra también al centro de la vida social.

Esta imagen de la infancia, así labrada y así caracterizada en sentido social, emerge claramente de los estudios de los etnólogos y de los antropólogos sobre las diversas poblaciones primitivas. Basta recordar los estudios de Margaret Mead sobre los adolescentes de la tribu de Samoa que viven en un ambiente muy permisivo o bien las anotaciones de Claude Lévi-Strauss sobre las relaciones de ternura presentes en las tribus amazónicas del Nambikwara o bien aquellos de violencia que reinan entre los

Bororo en América Meridional. Se nos presenta entonces también como central la carga de violencia que tantas caracterizaciones sociales comportan y que han sido más de una vez subrayadas como aspecto profundo y constante de las actitudes de los adultos hacia la infancia en cualquier sociedad.

Con el mundo clásico la imagen de la infancia no cambia mucho respecto a aquella de las culturas de tipo primitivo. También en las sociedades de la antigüedad prevalecen las imposiciones de reglas y el dominio con sus aspectos incluso de violencia. El niño, sin embargo, tiende siempre más a depender de la familia y del padre, en particular, que de la comunidad. Se delinea así aquel "miedo del padre" que es un aspecto dominante y característico de la vida de los hijos en la edad antigua, presente ya en el mito (por ejemplo en el mito de Edipo) y que es impuesto por la misma ley, especialmente la romana, que sometía al hijo al pater familias incluso en plena juventud. Al lado de la figura del padre se coloca luego la del maestro, también autoritaria y con frecuencia violenta, y con legitimidad para golpear con una vara a los estudiantes más lentos y a los menos sumisos. También el imaginario infantil se doblega ante esta estrategia de dominio a través de la evocación de figuras monstruosas o malvadas que amenazan a los niños apenas se alejan del control de sus familiares.

El mundo clásico, en general, no manifiesta una sensibilidad particular hacia el mundo de la infancia, ni entre los filósofos ni entre los poetas, mundo sólo atento a valorizar la figura del adulto viril, cuyo cuerpo encarna la fuerza y la armonía y cuya mente está caracterizada por el predominio de la racionalidad. La infancia es una edad irracional, por lo tanto, es una fase imperfecta de la vida, es sólo preparatoria a la vida adulta y, por eso, es también una vida marginal.

Este tipo de actitud en relación a la infancia no lleva necesariamente, en la vida práctica, a una falta de amor hacia los hijos. Incluso en la antigüedad los hijos eran amados y cuidados y para ejemplo basta citar el testimonio del episodio de la madre de los Gracos, Cornelia, que define sus hijos como "mis joyas". Sin embargo, esto significa que la cultura permanecía extraña a estas prácticas de vida, no las reconocían ni las exaltaban, las dejaban subsistir en la sombra de lo cotidiano decretándoles implícitamente el apelativo de insignificante.

4. La apertura del cristianismo y el pensamiento medieval

Es con el cristianismo que se opera la primera ruptura respecto a esta antigua, incluso antiquísima, imagen de la infancia. Ya el evangelio además de declarar que todo ser humano, de cualquier edad y de cualquier condición, es hijo único del padre, había indicado una precisa y explícita valoración de la infancia. Basta pensar en aquel "dejad que los niños vengan a mí" expresado por Cristo o el reclamo a hacerse puros y sencillos como los niños para obtener el Reino de los Cielos.

La infancia era la edad "pura de corazón", la más simple, la más necesitada de amor, por lo tanto, la más cercana al Padre como lo recordaba el Sermón de la Montaña. Había, pues, un espacio dedicado en los evangelios (especialmente en los apócrifos) a la infancia de Cristo, un reclamo que rompía con toda una tradición biográfica por la cual, en general, se descuidaba los años de la infancia de los grandes hombres puesto que se consideraban insignificantes. Incluso la infancia de Cristo, que se desarrolla en sabiduría y gracia, llegaba a ser el modelo ideal de la vida infantil y adulta. El cristiano

a través del bautismo debía llegar a ser como un niño y modelar su propia vida en el futuro según el principio de la indicación de Cristo, partiendo del Cristo niño.

En el cristianismo primitivo hay pues un primer y amplio reconocimiento del valor de la infancia que penetra al ritual de la Iglesia (el domingo *in albis*, es decir, las túnicas blancas que representan el renacimiento a través del bautismo), que se encuentra en las imágenes religiosas (como la de La Sagrada Familia), que pasa también a las prácticas de vida, (como testimonia la presencia de los sepulcros infantiles en las catacumbas). Luego, con la fusión entre el cristianismo y la sociedad romana, que quedó definitivamente establecida por el edicto de Constantino (313), se produce un rápido declinar de este modo de ver la infancia. En la sociedad y la cultura vuelven a prevalecer las imágenes antiguas que disminuyen al niño, lo sindicaban como socialmente marginal y, gradualmente, como un sujeto todavía bajo las garras del pecado original, orientado naturalmente al mal y que debía ser controlado, corregido y castigado.

Será sobre todo en el curso del medioevo que llegará a prevalecer esta imagen pesimista de la infancia y, por ende, la práctica autoritaria de gobierno con los niños. Ya San Agustín (354-430), uno de los padres de la Iglesia, en sus Confesiones y luego en el *De Civitate Dei*, es decir en el libro sobre la Ciudad de Dios, definía la infancia como la edad "no inocente", nutrida de envidia, sujeta sin ninguna resistencia a la carne, dedicada a los placeres viciosos y a las acciones vergonzosas, crueles e impías. Una edad que él mismo trataba de olvidar y que él aconsejaba superarla a través de un proyecto educativo que tomara como modelo la figura de Cristo, de la cual los padres y maestros debían ser ejemplos y testimonios vivientes. En la cultura medieval la infancia será constantemente desvalorizada por su radical naturalidad y por el abierto testimonio que ella debería todavía dar de la culpa original que todos tenemos impresa. Razones sociales de esta desvalorización son también la alta mortalidad infantil, determinada por las condiciones de vida pobre y antihigiénica, el peso de los hijos para la economía de la familia y los riesgos de empobrecimiento.

También las clases altas y las "infancias reales" no escaparon a esta desvalorización: los niños son relegados con los siervos dejados al margen de la vida del palacio, antes de ser sometidos a la autoridad del educador. Este último es generalmente un clérigo, un hombre de saber o de Iglesia que actúa en relación a la imagen pesimista de la infancia propia del Medioevo. En las clases bajas el estudio está sustituido por el trabajo (en el campo, en las bodegas) y la autoridad del educador por la autoridad del padre-patrón o del maestro de bodega.

La misma Iglesia, que está fuertemente presente en todos los aspectos de la sociedad Medieval, no da mucha importancia a los niños permitiendo, por ejemplo, el sepelio en casos de muerte en el ámbito del espacio de la casa, fuera del terreno consagrado. Esta concepción de la infancia se mantiene dominante hasta la entrada en la edad moderna, cuando las clases aristocráticas y burguesas llegan a elaborar una nueva identidad de la infancia con una nueva actitud hacia ella que se presenta cultural y socialmente revolucionaria.

5. Imágenes de la infancia e historia de la infancia

Hay todavía un hecho que merece ser relevado: desde la fase primitiva hasta la burguesa y más allá, son siempre los adultos que hablan de la infancia, que la describen y la

interpretan y que elaboran las diversas imágenes del niño. Este es una identidad sin voz y viene valorizado o negado por "el otro de sí mismo", es decir, por el adulto; por lo tanto la infancia no se define nunca en sí, sino siempre para los otros. Es así que existe una distancia constante entre el niño real (en carne y hueso) y las imágenes de la infancia. La teoría muy frecuentemente no refleja la realidad del niño, sino que la deforma ignorando zonas oscuras, problemas y diferencias. Procediendo así se revela por aquello que es: una ideología de la infancia. No es, entonces, la tentativa por entender la realidad anárquica y diferente del niño sino más bien aquello que la encuadra en una concepción del mundo englobante y unificante. De ahí, quizás, nace aquella actitud más o menos explícita de violencia hacia la infancia que es común a todas las culturas.

Recién en nuestro siglo se ha intentado por parte de algunas vanguardias culturales (como la del psicoanálisis) salir fuera de este juego de espejos deformados y hacer hablar más directamente al niño y a su inconsciente. Pero ni siquiera de este modo se ha podido evitar del todo la contradicción que caracteriza en profundidad todo discurso sobre la infancia y toda imagen de la infancia: aquella de querer llegar a la identidad de la infancia, pero sólo a través de discursos, categorías prácticas y sociales que nacen fuera de ese contexto, que nacen de los adultos. Pero es una contradicción de la cual solamente muy recientemente se ha tomado conciencia.

Todo esto hace que los documentos de la historia real de la infancia, de sus efectivas condiciones de vida y de su misma identidad histórica, sean documentos escasos, parciales y jamás testimonios directos sino interpretados por adultos y por su cultura. De una historia de la infancia real hay algunas trazas, hay algunas señales, fragmentos en sí mismos bastante problemáticos y que con dificultad permiten llegar a una reconstrucción objetivo de esta primera edad del hombre. De ella conocemos sobretudo las ideas que los adultos han tenido en lugar de la específica identidad y la real historia vivida. La infancia, no obstante todos los esfuerzos de la psicología y de la historiografía por brindarnos una imagen más completa, menos estática y menos ideológica, permanece todavía hoy en gran parte como un planeta desconocido.

6. Infancia y sociedad burguesa

Con la llegada de la sociedad moderna, más laica y más dinámica respecto a la sociedad del pasado, y con la afirmación cultural y política de la burguesía como el centro motor de la vida social, se realiza, como ya hemos aludido, una profunda y radical ruptura en la concepción de la infancia. Nace una visión de esta edad esencialmente nueva que se manifiesta en un reconocimiento de su especificidad y su autonomía como también en una actitud de cuidado y de valorización a nivel social. El niño llega a ser portador del futuro; sobre él la familia y la sociedad hacen una inversión afectiva y económica; es respetado, asistido, educado y acompañado con cuidado durante su crecimiento. En particular, se le preserva del mal y se le conserva en su natural inocencia. El tiene una naturaleza específica (inocente, necesitada de cuidado, amorosa) que es reconocida y puesta al centro del mundo familiar.

El complejo proceso que cambia radicalmente las ideas sobre la infancia se inicia ya en la segunda mitad del siglo XV, pero será en el transcurso del siglo XVII que esta nueva mentalidad encontrará ciudadanía entre los sectores aristocráticos y de la alta burguesía. En el pueblo, por el contrario, las condiciones de vida de los niños cambiarán muy

poco, serán todavía características las privaciones, la explotación, la violencia. Incluso empeorarán con la llegada de la revolución industrial cuando los menores de 5 y 6 años serán sometidos a ritmos agobiantes de trabajo en condiciones antihigiénicas y con horarios durísimos.

Ariès ha hablado de un "descubrimiento de la infancia" que se cumple en esta edad histórica: el niño es reconocido en su especificidad psicológica y social, es valorizado en su vida familiar y luego en su vida colectiva, es idealizado por algunos aspectos de su naturaleza (la debilidad, la ternura). Se crea, anota Ariès, un nuevo sentimiento de la infancia que está destinado a convulsionar las actitudes de los adultos hacia el niño hasta el siglo XX, pero se trata de un sentimiento de doble filo: por un lado caracterizado por la solicitud y la ternura y por el otro por la severidad y la educación. De aquí nacen una serie de prácticas dirigidas a identificar al niño (el vestuario) a seguirlo desde su crecimiento (la higiene) a preservarlo de las malas influencias de los adultos y los no adultos (la organización por clases de edad en la escuela). Pero nacen también una serie de otras prácticas y teorías dirigidas a gobernar la infancia, a definir modelos y tareas, a separarlas de la sociedad, aprisionándola en un proceso de controles educativos cada vez más rígidos y capilares que incluso llegan a las formas más perfectas en el transcurso del siglo XIX.

Las tesis de Ariès que fija una ruptura en la vida familiar con la llegada de la edad moderna, que encuentra en la burguesía el nacimiento de un sentimiento de la infancia que la orienta más hacia una actitud de ternura y de cuidado que de severidad, han sido recientemente y de varias maneras discutidas, criticadas y revisadas.

Algunos estudiosos, como Iván Ilich, han cuestionado este "descubrimiento de la infancia" que ha llevado a separar a los niños de la sociedad, a segregarlos en el interior familiar, a deprimir la capacidad de experiencia y de verdadera formación para someterlos, en cambio, a prácticas educativas innaturales y autoritarias. La infancia capturada por la familia e interpolada en la moral burguesa sufre así una pérdida: no le es más permitido hacer una experiencia libre del mundo y de educarse autónomamente en contacto con la colectividad como era antes en el "mundo tradicional". Son tesis extremas, éstas de Ilich, pero dotadas de un atractivo y de un sentido dado que están dirigidas a desmitificar la cultura y la ideología burguesa en las que la infancia descrita por Ariès está totalmente inscrita.

Otros estudiosos como Lloyd de Mause, un historiador americano de la infancia, han puesto en relieve otra cara de la vida infantil en la sociedad moderna y burguesa que es dejada demasiado en la sombra por Ariès: aquella de la violencia conectada al escaso valor asignado a la vida del niño, que puede "llegar a ser asesinado, abandonado, golpeado, aterrorizado y constreñido a sufrir violencia sexual" (De Mause). Además, según De Mause, este "descubrimiento" teorizado por Ariès no existió nunca porque el arte antiguo da testimonio de una sensibilidad hacia los niños. A las tesis del estudioso francés, De Mause contrapone una historia "evolutiva" de la infancia, que en relación al vínculo padres-hijos pasa al menos por seis etapas que conducen del rechazo del niño a su reconocimiento, a su valorización (infanticidio, abandono, ambivalencia, instrucción, socialización, ayuda). Esta valorización del niño se difunde, en la forma más madura de la ayuda, precisamente en la práctica familiar y social de nuestros años.

La crítica de De Mause a los planteamientos de Ariès no sólo nos ofrece un nuevo modelo para leer la historia de la infancia sino que también pone radicalmente en discusión dichas tesis. Según De Mause, se trata de una perspectiva demasiado atenta a la producción cultural y poco, a las prácticas de vida y se basa mucho sobre la mítica ruptura histórica que en realidad se ha realizado en formas mucho más diversas (evolutivas y revolucionarias).

No se trata de decidir en abstracto si es mejor el modelo de De Mause o de Ariès, sino de ponerlos a prueba en la investigación histórica, en la que muestran, más bien, posibilidades de integración, si es que logran despojarse de ciertas rigideces. La historia de la infancia está hecha de condiciones reales de vida y de imaginario. Las condiciones de vida hasta nuestros más recientes tiempos y en parte todavía hoy están signadas por una serie de prácticas de violencia y de explotación, por una relación de sumisión de los hijos respecto a los progenitores (no obstante que se va cambiando poco a poco). A nivel del imaginario se opera aquella ruptura descrita por Ariès que se refiere a la imagen de la infancia producida en la cultura moderna, pero que penetra poco (sólo en algunas elites) en los comportamientos sociales y que es más un modelo ideal a realizarse.

En posiciones todavía diversas se han colocado otros investigadores; en Italia Eli Becchi y Leonardo Trisciuzzi han aceptado buena parte de las tesis de Ariès pero que han desarrollado críticamente algunos aspectos.

Becchi ha puesto el acento sobre la "privatización" de la infancia que se opera a través de las prácticas burguesas de idealización y de control. La infancia, nos dice, es privada de su propia identidad y de sus propios deseos y es interpolada en un proyecto educativo que determina la "familiarización", la sumisión a las intervenciones cada vez más duras de dominio, a un gobierno siempre más capilar. A la luz de conceptos elaborados por el psicoanálisis (dominio y gobierno realizados a través de prácticas discursivas que producen luego actitudes prácticas), Becchi pone el acento sobre el aspecto menos sentimental del descubrimiento de la infancia en la edad moderna y lo reconecta al proyecto de reglamentación de la sociedad en todas sus formas que es típico de la política moderna en la cual también la familia es un factor fundamental.

Trisciuzzi ha llamado la atención sobre el aspecto "del conocimiento" producido por este descubrimiento de la infancia. Este conocimiento ha producido, ante todo, nuevas observaciones sobre el niño, sobre su crecimiento y luego nuevas teorías (piénsese en Rosseau) sobre la infancia; en fin conocimientos propiamente científicos a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Todos estos conocimientos tendrán efecto sobre las prácticas sociales y familiares referidas a los niños, pero sobre todo llegarán a constituir un sector específico (y típicamente moderno) de la historia de la infancia. Tal sector es cada vez más central y determinante para las transformaciones en los modos de hacer y en las actitudes mentales de los sectores sociales. La ciencia, es decir el conocimiento científico, es un factor determinante de la modernidad y por lo tanto no puede ser descuidado en la historia de la infancia.

De estas diversas posiciones emergen con claridad algunos puntos:

- 1.- Con la llegada de la edad moderna, burguesa y capitalista, se ha producido un cambio radical: la infancia es valorizada, protegida y estudiada. Sin embargo, tal

cambio ha incidido sobre todo en el imaginario y las ideas sobre la infancia de los sectores sociales más altos.

2.- La valorización de la infancia ha traído consigo, también, la extensión del dominio sobre esta edad por parte de la familia y de la sociedad; dominio que se manifiesta en cuidados, pero también en prescripciones y controles.

3.- Contemporáneamente se ha desarrollado un cada vez más amplio y específico conocimiento de la infancia. Se han profundizado los aspectos psicológicos y sociológicos, aquellos que se refieren al crecimiento físico y cognoscitivo, al lenguaje, al juego, etc. Cada vez más este conocimiento ha constituido el centro de la misma imagen de la infancia, influenciando también la mentalidad colectiva.

7. La infancia, del descubrimiento a la desaparición

Entre el 1600 y nuestro siglo la imagen de la infancia ha sufrido una compleja evolución-transformación que ha dibujado una parábola, es decir, un primer itinerario de crecimiento, expansión y luego de declive-transformación que se está cumpliendo bajo nuestros ojos. Serán precisamente las etapas de esta parábola que más adelante reconstruiremos.

Se abordará la primera etapa del descubrimiento, profundizando los aspectos culturales e ideales, mostrando luego la ambigua relación que la caracteriza y que se establece entre cuidado y dominio del niño en el ámbito de la familia y de la sociedad civil. Luego enfrentaremos la etapa del conocimiento íntimamente ligado a la primera, pero que gradualmente se torna más central y autónoma. Se trata de una vasta investigación sobre la identidad psicológica y social de la infancia que se va cada vez más especializando y articulando, remitiéndonos a una imagen del niño cada vez más rica y detallada. Finalmente, consideraremos la etapa llamada de la "desaparición de la infancia" que se refiere a nuestra contemporaneidad, en la que la infancia es privada de su propia identidad más profunda, manipulada por la sociedad y reducida también a ser cada vez más breve. El fortalecimiento de los medios de comunicación de masa y la inculturación precoz, el incremento de los procesos de racionalización y la captura por parte del mercado, tiende a hacer desaparecer la infancia. Ciertamente no desaparece el niño pero tiende a ser cancelada la infancia, esa "edad preciosa", como se la ha definido, para la formación integral del hombre como individuo.